

VASCO NÚÑEZ

Recela, y con razon, que, absuelto y libre,  
 Ha de vengar persecucion y ultrajes.  
 La causa ya de sentenciarse á punto,  
 A Dávila Espinosa envia, en balde  
 Pidiendo que los méritos del reo  
 A la justicia en su favor ablanden.  
 Inútiles los ruegos de Isabela  
 Y del obispo son en aquél trance:  
 Pedrarias el oído cierra á todos,  
 No ciego ó rencoroso, mas cobarde.  
 Débil el juez, á su pesar, condena  
 A Núñez á sufrir muerte infamante  
 Con su cómplice el rico Hernando Argüello  
 Y algunos de sus mismos oficiales.

XXIII

Miéntas de Acla en la plaza es erigido  
 Aquella noche en fuerte maderámen  
 El cadalso en que, al hierro del verdugo,  
 Los sentenciados su delito paguen;  
 Y en torno los soldados plantan picas  
 En que habrán de quedar al sol y al aire  
 Las segadas cabezas de los reos  
 Hasta que todas lleguen á secarse;  
 En la prision oscura Vasco Núñez  
 Sin ira ni temor, imperturbable,

DE BALBOA

Ve de frente á la muerte y se dispone  
 A pisar del sepulcro los umbrales.  
 Alza á Dios el espíritu piadoso;  
 La absolucion recibe en dulces frases  
 De Andrés de Vara, el sacerdote humilde  
 Que himno de gratitud alzó en los Andes  
 Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado  
 En que Dios á los hombres quiso darse  
 Enternecido gusta: óra de nuevo,  
 Y momentos despues dormido yace.

XXIV

En sueños el Pacífico  
 Mira de nuevo en calma:  
 Su ronca voz oyendo  
 Alégrasele el alma:  
 Rompiendo van sus buques  
 Las olas de cristal.  
 No ya cerrarle intenta  
 El paso pez horrendo  
 Ni equinoccial tormenta;  
 Que en cielo despejado  
 Brilla la Cruz Austral.  
 Dormido está cual niño  
 El lidiador gigante

VASCO NÚÑEZ

Que ya rindió sus olas  
Del fiero navegante  
Que vino de muy léjos,  
Al lino y al timon.  
Domaron ya su orgullo  
Las naves españolas;  
Y es su gemido arrullo  
A Vasco, á quien desvelan  
La gloria y la ambicion.

Dormido está, y sereno  
Muestra en sus claras ondas  
Moviendo sus aletas  
El pez de escamas blondas,  
No manta horrible ó ruda  
Ballena colosal.  
Sus grutas al marino  
Más hondas y secretas  
Ver hace cristalino,  
Y en ellas sus tesoros  
De perlas y coral.

Y el cántico repite  
Del grupo que acompaña  
A Núñez en los Andes  
Vivas alzando á España  
Cuando por vez primera  
Sus olas contempló.

DE BALBOA

Y en calma, en voz potente,  
Como en sus iras grandes,  
Cantando eternamente,  
De un polo al otro polo  
Repite ¡gloria á Dios!

XXV

Del alba tarda y perezosa el frío,  
Del gallo y la campana la distante  
Voz clara, á Núñez súbito despiertan  
Haciendo estremecer su cuerpo frágil.  
Aun escucha el rumor del Océano. . . .  
¿En su tienda despiértase á la márgen  
Del Balsas? ¿Le rodean sus marinos?  
¿Las velas á soltar van ya sus naves?  
Se palpa y se incorpora, y el funesto  
Enlutado cadalso ve delante,  
Y al verdugo que pálida cuchilla  
Sobre su propio cuello feroz blande.  
El hogar en Jerez recuerda luego,  
Su infancia y el cariño de sus padres,  
Su inquieta juventud al bien estéril,  
Con la pobreza en lucha sus afanes:  
Despues, en el Darien, selvas y cumbres,  
Fatigas, emboscadas y combates,  
Mando, riqueza, gloria inmarcesible. . . .  
¡Y de todo ello al fin, suplicio infame!

A la materia vil dando tributo,  
 Sulca su rostro lágrima brillante,  
 Miéntas, puestas en Dios fe y esperanza,  
 Del humano dolor apura el cáliz.

## XXVI

Fué el día aquél en Acla aciago día,  
 Y al descender el sol triste á su ocaso,  
 La víctima al patíbulo subía  
 Grave y sereno el rostro, firme el paso.

“Éste —reza el pregón— es el castigo  
 Que á Núñez dan el Rey y su Teniente  
 Porque traidor les fué; porque, enemigo  
 De la paz, quiso alzarse delincuente.”

Con clara y fuerte voz, la frente irguiendo,  
 Replica Vasco Núñez: “Eso es falso;  
 Sirvo á mi Rey y su dominio extendiendo;  
 No me trajo tal crimen al cadalso.”

Su indignacion el sacerdote calma,  
 Dale á besar devoto el Crucifijo,  
 Y, en Dios queriendo concentrar su alma,  
 Con llanto y mal segura voz le dijo:

“¿Cómo con este mundo así te enojas  
 Ante la eternidad y el cielo abierto?  
 A él aspira, y recuerda las congojas  
 Que el Hombre—Dios por tí sufrió en el Huerto.”

Cuando la frente casi al tajo inclina,  
 Ve Núñez del Darien lejana cumbre  
 Que sobre oscuro fondo se ilumina  
 Del sol bañada en la postrera lumbre;

Y exclama: “¡El mar! ¡Dios mio!” Golpe horrendo  
 Se oye, y la muchedumbre absorta queda:  
 Y en la mesa al caer, con sordo estruendo  
 La segada cabeza un punto rueda.

Llora entónces de lástima la gente  
 O su enojo y horror oculta y doma:  
 Tiende los brazos del cadalso enfrente  
 Una mujer, é inerte se desploma.—

En vecino solar, por el resquicio  
 Abierto de su coto entre las cañas,  
 Dávila vió de Núñez el suplicio  
 Con avidez y convulsion extrañas;

Y al apartarse, júbilo de hiena  
 En la pálida faz llevando impreso,  
 Sin compasion á la desdicha ajena  
 De su infame temor soltado el peso;

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Micer Codro que adusto le observaba,  
No sin causar en él ira y asombro,  
Dijole en voz que de dolor temblaba,  
Diestra ruda poniéndole en el hombro:

“Por más que injusto y ciego te desmandes,  
No infamarás de Vasco la memoria;  
Su pedestal eterno son los Andes,  
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

“Ciencia y humanidad fallo severo  
Te reservan del tiempo en los arcanos,  
Y llevarás al tribunal postrero  
La cabeza de Núñez en tus manos!”

